

LA BIBLIA Y EL NACIMIENTO DE DIOS

Jean-Maurice de Montremy

En: Bottéro, Jean, et Al., Introducción al antiguo Oriente; de Sumer a la Biblia, Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 1996, págs. 266-270.

El 3 de diciembre de 1872, G. Smith -uno de los primeros asiriólogos- puso de relieve ante la Sociedad de Arqueología Bíblica de Londres los vínculos que unen algunos relatos mesopotámicos con los relatos bíblicos, en particular con el del diluvio. La noticia causó sensación. Como recuerda Jean Bottéro al principio de *Naissance de Dieu*, la Biblia entró así en la historia. Dejó de ser un libro «distinto de los demás», o el libro más antiguo del mundo, que había irrumpido tal cual en la aventura humana. Pasó a ser un texto lleno de influencias, estratos, préstamos, interpolaciones, en el que se adivinan personalidades distintas y los arreglos, a veces contradictorios, realizados por doctores y sacerdotes.

«LAS ANTIGUAS SABIDURÍAS...»

Después de más de un siglo de descubrimientos y progresos en la asiriología («construida» a partir de mediados del siglo XIX), ningún biblista pone en duda la inclusión del Libro en la historia de los libros, aunque muchas personas bien informadas no se acostumbran fácilmente a este nuevo modo de empleo de las Escrituras al que nos lleva la historia. «Pasemos por alto a quienes niegan hasta la exégesis cristiana a insisten en hacer use de la Biblia como de un libro más o menos mágico -dice Jean Bottéro-; actualmente los hay que cometen un exceso de reducción. De creerles, resultaría que todo en ella es mesopotámico, y los textos del Antiguo Testamento sólo serían una especie de accidente, una variante especialmente afortunada en el seno de las antiguas sabidurías del Creciente Fértil. Es algo que me halagaría, como asiriólogo que soy. Pero las cosas se presentan de una forma más sutil.» *Naissance de Dieu* lo ha demostrado al primer envite...

En efecto, el gran asiriólogo Jean Bottéro, juntando cinco estudios publicados entre 1949 y 1969 bajo este título con doble sentido, se dedica a las historias de los textos tal como fueron redactados y luego ordenados por la tradición judía en unos diez siglos. Porque lo menos que se puede decir de la Biblia es que no se hizo en un día, ni en siete. Esta larga duración, por sí sola, nos indica que al estudiarla debemos renunciar a cualquier enfoque simplista.

La Biblia, pues, no empieza en Babilonia, aunque muchos de sus pasajes importantes llevan la marca mesopotámica. Lo vemos en los textos que analiza *Naissance de Dieu*. Son momentos fundamentales: la Creación del mundo, la tentación de la serpiente, el principio del Libro de Job y el del Eclesiastés, sin contar los Salmos. «¿Podría ser de otro modo -dice Jean Bottéro- conociendo la amplitud de la civilización babilónica? Ésta impregna toda su zona de influencia, muy extensa, que llega hasta Grecia. Israel, en cuestión de política o cultura, es una pequeña nación periférica, sin prestigio y de existencia insegura. Todo lo que he estudiado en el ámbito específicamente mesopotámico, lo he encontrado en los textos bíblicos: la cosmogonía, la geografía del paraíso, la idea de pecado, la interrogación sobre el mal y sobre la permanencia fantasmal de los muertos en el más allá, o también el tema de las duras relaciones con el mundo divino. Como semitas, los judíos vivían en un medio que, quizá gracias a los antiguos mesopotámicos, proporcionaba una base a todas las grandes preguntas. Ellos, desde luego, se las replantearon.» Pero...; porque hay un pero, en la persona de Moisés.

En efecto, es él quien cambia el juego. La Biblia empieza con él y sólo con él. Es él quien, reuniendo a las tribus de Egipto, las vincula sólidamente, por medio de la Alianza, a un solo dios, no a muchos. Es él quien le convierte en el Dios de Israel, expresando, no obstante, la ruptura con los términos de la herencia semítica común, sin perjuicio de adaptar las figuras de los patriarcas (Abraham, Isaac, Jacob) en función de su monoteísmo. Es bien conocido el juego de palabras, de consecuencias mundiales, que anuncia esta intuición: el nombre de Yahvé podía hacer pensar en el verbo hebreo existir o ser. Moisés introduce su revolución espiritual con un desplazamiento susceptible de no desorientar demasiado a los suyos. Jean Bottéro traduce así el pasaje clave del Éxodo (libro III):

«Y Dios le dijo a Moisés: "¡Yo soy el que soy!". Y añadió: "Esto es lo que tendrás que decir a los israelitas: 'Yo soy' me ha enviado a vosotros... 'Él es' [en hebreo antiguo: yahve] 'el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros.' ¡Ese es mi nombre para siempre!"»

He aquí, pues, el «nacimiento de Dios», a la vez imperceptible y aberrante en el orden mesopotámico. «Y cuando digo nacimiento de Dios -insiste Jean Bottéro--, no pretendo salirme de mi competencia. El no creyente es libre de considerar que Moisés se inventa genialmente la idea de un Dios único. El creyente, por el contrario, es libre de verlo como el acto mediante el que Dios se revela. Esto queda fuera del ámbito del saber.»

A partir de entonces los israelitas (no se puede hablar propiamente de judíos hasta el destierro en Babilonia, en 587 a.C.) inician una enorme aventura y se exponen a graves dificultades.

La diferencia, en principio, es leve. Sólo tienen un dios, mientras que los mesopotámicos tienen muchos. Incluso parece que durante mucho tiempo creyeron en la existencia de los dioses de sus vecinos, y que, simplemente, esos dioses tenían poco peso comparados con Yahvé. Es necesario que Israel pase a ser un reino sedentario (siglo X a.C.), se impregne de «paganismo» y conozca terribles desgracias para que los profetas -entre los que destacan Elías y Jeremías- proclamen su monoteísmo radical. Israel no sólo soporta el castigo de su infidelidad a Yahvé, sino que debe expiar su inclinación por unos dioses que no son más que estatuas sordas y mudas, impostura y nulidad.

La novedad de esta situación no está en lo que se podría creer. Muchos piensan que Israel, con la noción de castigo que le caracteriza, «inventó» el pecado. Pero el pecado está sobradamente identificado en el arsenal mesopotámico. Jean Bottéro insiste, incluso, en la originalidad de Babilonia al respecto: a diferencia de otras civilizaciones, los semitas, incluyendo a los de Mesopotamia, relacionaron muy pronto el pecado con la idea de un incumplimiento personal. Se han infringido los mandamientos de alguien del más allá. Diferencia fundamental con otras civilizaciones, que sancionan en el pecado el incumplimiento del hombre con la colectividad o con su propio equilibrio. Ya antes del monoteísmo, las faltas, en Mesopotamia, no son jurídicas sino «morales»; no son faltas relativas, sino en sí mismas.

PECADO = FALTA

«Se podría pensar, por lo tanto -comenta Jean Bottéro-, que Israel se limita a seguir con la cultura ambiente. Pero está el monoteísmo. Para empezar, todas las faltas se refieren a un solo Dios. Pero este Dios, infinitamente superior a los distintos panteones, ya que es el Dios único del universo, no puede errar. De golpe, la economía del pecado se invierte. Para un babilonio, un acto no sancionado por la enfermedad, la muerte, la vergüenza o la ruina no es en sí mismo una falta. Según él, sólo hay culpa cuando hay desgracia-castigo, de modo que una desgracia incomprensible revela una culpa que no se sospechaba, mientras que una fechoría sin castigo no es falta, por lo menos para la conciencia. Para un judío todo cambia: el pecado es una falta, haya o no castigo visible. De ahí el magnífico comentario del Libro de Job propuesto por *Naissance de Dieu*: si la desgracia se abate sobre Job, el justo por excelencia, será porque ha cometido alguna falta escondida, dicen sus sabios amigos. A lo cual Yahvé, con una intervención personal, sólo contesta recordando su poder trascendente. No tiene nada que explicar, ninguna cuenta que rendir. Los humanos farfullan sus cortos razonamientos y tratan de comprender la amplitud del mal, inseparable de su pecado original. Él, pese a todas las apariencias, realiza su designio, que sobrepasa con creces la sabiduría de los hombres.

El substrato babilonio, puede que muy amplificado por la influencia de la gran urbe en los judíos que fueron deportados allí, está completamente alterado. Todos los mesopotámicos consideraban que los dioses pertenecían al cosmos y participaban en su destino. Situándose en los mismos escenarios, los redactores del Génesis o de Job afirman que el Creador ya no forma parte del cosmos, que no está sometido a sus leyes, que ya existía «antes» y seguirá existiendo «después». En una palabra, que es. De tal forma que con el paso de las generaciones, poco tiempo antes de nuestra era, acabó precisándose una idea todavía más inadmisibles para las culturas de la época: que los muertos no se contentan con subsistir en el estado vago y sombrío de los infiernos, y alcanzarán la paz junto a Dios, al final de los tiempos. Entonces, y sólo entonces, el justo tendrá su premio y el injusto su castigo.

El Antiguo Testamento no va más allá. Pero su novedad es algo definitivo, que no se puede reducir a las tradiciones de las que procede. Conocemos bien sus consecuencias, y nos hace meditar, con Jean Bottéro, sobre la sorprendente irrupción en la historia de un pequeño pueblo que no inventó nada comparable con el coloso mesopotámico, y que incluso, a medida que aumentan nuestros conocimientos, resulta ser un gran deudor de la literatura, la ciencia, la política y la tecnología de este último. Salvo en el detalle de que ha tenido que habérselas, lenta y dramáticamente, con su Dios único.

La Biblia, como se ve, no sale perdiendo si la introducimos en el estrépito y el trajín de la historia. Todo lo contrario: las contradicciones, revisiones e incómodas repeticiones que encuentra Jean Bottéro a lo largo de los textos ponen de relieve la impresionante ascensión de un propósito obstinado.